

Confrontando los argumentos del ateísmo militante actual

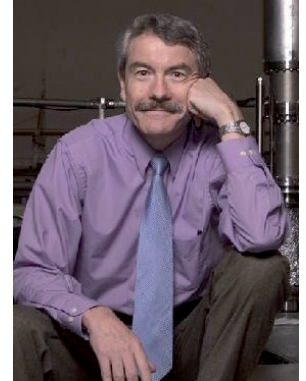
La expresión "nuevo ateísmo" ha ido ganando terreno, en referencia a autores de gran éxito editorial como Dawkins, Dennett, Harris, Hitchens y compañía, que se dedican a atacar la religión. Yo prefiero mucho más la expresión "ateos militantes". Es lejos más precisa. Apenas hay algo nuevo en sus críticas. Lo que diferencia sus escritos es su *militancia*. Llamarles "ateos histéricos" es divertido y viene a lo mismo, pero resulta demasiado provocativo para ser útil.

Una gran variedad de comentaristas muy respetables, tanto cristianos como no creyentes, ya han contestado sus argumentos¹. No resulta una tarea muy agradable porque, aunque los textos de los militantes están muy bien escritos, los argumentos son a menudo estúpidos. El tono de David Bentley Hart es más despectivo que comprensivo cuando se refiere a una "embarazosa incapacidad para el razonamiento filosófico... que eleva los discursos más descabellados al nivel de un método dialéctico"², pero su crítica da justo en el blanco. Terry Eagleton, quien no es para nada un apologeta evangélico, empieza así su terrible crítica en la *London Review of Books*: "Imagine a alguien pontificando sobre biología sin haber leído nada más que *El libro de los pájaros británicos*, y tendrá una idea aproximada de lo que se siente leer lo que escribe Richard Dawkins sobre teología"³. Hay mucho que criticar en los escritos del ateísmo militante.

No quiero recapitular aquí las ideas filosóficas enunciadas en las refutaciones que ya fueron publicadas. Tampoco estoy realmente cualificado para proponer una estrategia exitosa de relaciones públicas para la apologética cristiana ante la popularidad del ateísmo militante, por muy importante que pueda ser dicha iniciativa. Estoy consciente de que mi percepción de la cultura popular pasa a través del filtro dejado por demasiados años de actividad académica, lo que me impide saber qué entraría o no en resonancia con los medios de comunicación o con los corazones de las personas de nuestro siglo XXI. En lugar de ello, quiero explicar lo que me parece más importante para entender la verdadera relación entre la ciencia y la fe cristiana⁴, antes de examinar en qué medida esta idea constituye una respuesta a los ateos militantes.

Para decirlo de forma sencilla, la idea es que el fundamento principal de la confrontación entre la ciencia y la religión, o entre la ciencia y otras disciplinas intelectuales, es el *cientificismo*: la creencia de que la ciencia es el único conocimiento verdadero que existe. Además, el error del *cientificismo* no lo cometen solamente los científicos, los secularistas o los ateos. Lo cierto es que importantes influencias del *cientificismo* se han extendido al pensamiento de la iglesia moderna, incluso al de muchos evangélicos. Pero la ciencia en sí no conlleva ni establece el *cientificismo*.

Ian H. Hutchinson



es profesor de ciencia e ingeniería nuclear en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. Su principal interés es la investigación en la física del plasma y sus aplicaciones prácticas. Él y su equipo del MIT han diseñado y construido el tokamak Alcator C-Mod, una instalación experimental internacional cuyos plasmas confinados magnéticamente son prototipo de un futuro reactor de fusión. Recibió su licenciatura en física de la Universidad de Cambridge y se doctoró en ingeniería física de la Universidad Nacional de Australia. Dirigió el proyecto Alcator 1987-2003 y trabajó como jefe del departamento de ciencia e ingeniería nuclear del MIT entre 2003 y 2009. Además de más de 200 artículos en revistas sobre el plasma, Hutchinson es ampliamente conocido por su monografía sobre la medición de los plasmas: "Principles of Plasma Diagnostics". Para más información, ver el libro de Hutchinson "Monopolizing Knowledge" (<http://monopolizingknowledge.net>).

El cientificismo es en realidad una postura filosófica y, en último término, religiosa que es internamente incoherente; eso, sin mencionar su incongruencia con la fe cristiana. Antes de hablar de ciencia y cristianismo, hemos de distinguir claramente entre la ciencia y el cientificismo: valorar la ciencia por las verdades que nos muestra acerca de la naturaleza y rechazar el cientificismo como una falacia intelectualmente estéril. Esto puede parecer sencillo, pero no lo es.

El primer elemento que dificulta el rechazo al cientificismo es que rara vez es explícito. Ni siquiera los más ardientes creyentes del cientificismo suelen declarar "creo que la ciencia es el único conocimiento verdadero que existe". Incluso en los lejanos días del auge del Positivismo Lógico, su criterio de significación mediante la verificabilidad no era explícitamente científico, a pesar de que era de forma sutil una adopción de los métodos de la ciencia. Así que, especialmente ahora que el Positivismo Lógico es intelectualmente insostenible, el cientificismo es implícito. Para ilustrar el cientificismo implícito, me gusta usar el siguiente pasaje del biólogo ganador del premio Nobel, Jacques Monod, quien escribió: "La piedra angular del método científico es el postulado de la objetividad de la Naturaleza. Es decir, la negativa sistemática de considerar capaz de conducir a un conocimiento 'verdadero' toda interpretación de los fenómenos dada en términos de causas finales, es decir de 'proyecto'⁵. Observen cómo la cita contiene una transición casi imperceptible desde "la objetividad de la Naturaleza" hacia el "conocimiento verdadero". La segunda frase tiene sentido como explicación de la primera únicamente si todo conocimiento verdadero es conocimiento de la naturaleza, es decir, ciencia. Desde luego, Monod tiene razón cuando dice que la estrategia de la ciencia moderna (al contrario de Aristóteles) implica no invocar causas ni propósitos finales en la descripción del mundo. Pero extrapolar dicha característica del conocimiento "científico" convirtiéndola en un rasgo de todo conocimiento "verdadero" es pura presunción, puro cientificismo.

La segunda característica del cientificismo que lo hace difícil de combatir es histórica y filológica. Proviene del hecho de que el sentido original de

"ciencia", según su origen latino, era sencillamente cualquier forma de conocimiento sistemático. El sentido de la palabra "ciencia" sigue siendo volátil, y dicha volatilidad facilita los usos erróneos. En su uso común hoy en día, ciencia equivale a la llamada "filosofía natural" de antaño o, en términos contemporáneos, la ciencia *natural*, la ciencia del mundo natural, representada por la física, la química, la biología, la geología, etc. Cuando hablamos de reconciliar el cristianismo y la ciencia, no estamos hablando de un esfuerzo por entender cómo nuestra fe puede ser coherente con las teorías económicas, sociológicas, históricas o políticas actuales. Estamos hablando, y todo el mundo así lo entiende, acerca de la coherencia de la Biblia y la doctrina cristiana con la cosmología, la genómica o la neurología modernas, por ejemplo; es decir, las ciencias naturales. Si, a pesar del uso moderno común, se insiste en mantener el sentido clásico de la palabra (que ciencia significa simplemente *cualquier* cuerpo sistemático de conocimiento), entonces el cientificismo es una tautología. Sobre esta base, cualquier conocimiento es por definición ciencia, y la teología, aunque ya no reine sobre las demás disciplinas, es una ciencia más entre ellas. Muchas discusiones sobre ciencia y cientificismo fracasan por oscilar entre estos dos sentidos. Si ciencia se refiere a *cualquier* conocimiento sistemático, entonces obviamente todas nuestras disciplinas son ciencia. Sin embargo, cuando hablamos de la penetración, del poder, del prestigio o del carácter persuasivo de la ciencia, nos referimos a la ciencia *natural*. Es vital tener en mente un significado estable de la palabra "ciencia". Yo uso el de ciencia *natural*.

Un tercer obstáculo importante en la distinción entre ciencia y cientificismo se vuelve aún más grave por la tendencia actual en filosofía de la ciencia a hacer hincapié en lo difícil que es la *demarcación* entre ciencia y no-ciencia. Se señala que no hay un algoritmo convincente para la práctica de la ciencia (la inducción podría ser un candidato) ni para evaluar lo que es o no es ciencia (la falsabilidad, por ejemplo). Siguiendo esta línea de razonamiento, si no sabemos cómo debería practicarse o identificarse la ciencia, entonces ¿quién

podrá decidir dónde están sus fronteras? ¿Por qué deberíamos aceptar que el conocimiento científico tiene límites? Y si la ciencia no tiene límites, entonces el cientificismo empieza a sonar muy creíble. Puede ser que aún no tengamos un verdadero conocimiento científico de ciertos aspectos del mundo, pero tal vez se deba a que dichos aspectos todavía están en una etapa muy temprana de su desarrollo científico. Basta con seguir trabajando en ellos para que se conviertan en auténticas ciencias positivas. En realidad (y aquí nos topamos con la cuestionable novedad del ateísmo militante) argumentos de este tipo recuerdan a los positivistas del siglo XIX: Saint-Simon y Comte⁶. Pero son erróneos.

Es cierto que las simplistas descripciones habituales del método científico son mayormente mitológicas. Sin embargo, se pueden identificar ciertas características de la ciencia, tal como se la practica desde la revolución científica, y que limitan de forma significativa el ámbito que es capaz de abarcar en su descripción del mundo. Identifico aquí dos características clave que son la *reproducibilidad* y la *Claridad*. La ciencia describe el mundo en la medida en que éste sea describable en términos reproducibles. Si un experimento hecho aquí, ahora y por mí forma parte de la ciencia, entonces dará el mismo resultado cuando lo realice otra persona, en otro momento, en otro sitio. O si discutimos sobre cosas que no se pueden manipular, como las estrellas en astronomía, entonces deben ser posibles múltiples observaciones congruentes entre sí, realizadas en varios sitios y momentos, por distintos observadores, lo cual permite que exista una reproducibilidad en la práctica, aunque no necesariamente a voluntad. Además, la ciencia requiere que sus descripciones tengan una Claridad (con mayúscula para indicar mi uso técnico de la palabra) especializada para que el científico instruido las entienda sin ambigüedades. Eso requiere a menudo (pero no siempre) el uso de medidas cuantitativas y de teorías matemáticas. Dichas formas matemáticas de expresión son las que poseen Claridad en mayor abundancia, pero otras formas, como la descripción sistemática o la clasificación, también la poseen, aunque de maneras que normalmente no se consideran matemáticas. En

cualquier caso, la Claridad es un requisito incluso para determinar si se cumple la reproducibilidad, y tales requisitos le imponen limitaciones a la ciencia.

Muchos de los asuntos más importantes de la vida no poseen reproducibilidad. La historia, por ejemplo, no puede entenderse apelando a la reproducibilidad. Sus principales acontecimientos son en general únicos y nunca se repetirán. No hay forma de experimentar ni de repetir observaciones en la historia. Ciertas partes del estudio histórico pueden sacar provecho de algunas técnicas científicas, pero la misión principal de la historia no puede abordarse mediante la reproducibilidad; sus métodos no son los de la ciencia. Sin embargo, la historia posee un conocimiento auténtico. O si nos referimos a la Claridad, piensen en la belleza de una puesta de sol, la justicia de un veredicto, la compasión de una enfermera, el drama de una obra de teatro, la profundidad de un poema, el terror de una guerra, la emoción de una sinfonía, el amor de una mujer. ¿Cuál de estas experiencias se puede reducir a la Claridad de una descripción científica? Sí, una puesta del sol se podría describir analizando el espectro de su luz, explicando las causas de la coloración que surge cuando la luz se dispersa debido a las partículas y moléculas, así como la disposición y gradación de los colores en el cielo. Pero una vez dados todos estos detalles científicos, ¿acaso habríamos explicado o siquiera sugerido la belleza del acontecimiento? Difícilmente. La verdad es que habríamos seguido un camino equivocado. Hay complejas relaciones e implicaciones que son parte intrínseca del sentido de estas cosas. Las apreciamos, las entendemos y las conocemos mediante intercambios conceptuales dentro de una red entretejida de alusiones que suelen ser puramente evocativas.

Dentro del cristianismo, una de las actitudes que alimenta el cientificismo es una prematura pretensión de unificación del conocimiento. Sin duda es cierto que “toda verdad es verdad de Dios”, pero ello no implica que haya una sola forma de descubrirla. Nuestros ancestros cristianos enseñaban que existían dos libros de revelación: el libro de la palabra de Dios, la Biblia, y el libro de la obra de Dios, la creación. Y los científicos

cristianos de principios de la era moderna pensaban, con acierto me parece, que era necesario estudiar primeramente cada libro en sus propios términos. No se trata de negar nuestro humano impulso de formar una imagen integrada y coordinada de aquel único mundo internamente coherente en el cual creemos habitar. Obviamente, nos esforzamos por entender cómo encajan entre sí estos dos libros, para desarrollar una concepción más o menos integrada de la realidad. Estos esfuerzos hacia un entendimiento coherente son naturales y loables, pero conllevan ciertos peligros. Puede que el mayor sea convencernos de que somos o seremos capaces de demostrar de manera puramente científica las verdades de la revelación. Para empezar, tal demostración es imposible. No podemos demostrar científicamente el amor de un padre celestial, así como tampoco podemos hacerlo en el caso de un padre humano. Ambos exceden las limitaciones inherentes al ámbito de una ciencia correctamente entendida. En segundo lugar, tenemos algo que me parece aún más dañino para el testimonio cristiano: la seducción ejercida por la búsqueda de una demostración científica de Dios, lo sobrenatural o un diseño, de hecho implica ceder ante el cientificismo. Tiene como efecto probablemente involuntario la confirmación de la demostración científica como árbitro supremo de la verdad. Su programa delata la actitud –cuando menos– de que la ciencia es la forma de conocimiento más convincente. Desde aquí, nos hallamos a apenas un paso del cientificismo más absoluto. Por favor, no me malinterpreten. No estoy rechazando todo argumento intelectual acerca de Dios ni la racionalidad de la fe. Todo lo contrario, llegué a la fe en mis años de estudiante de pregrado en parte porque unos argumentos intelectuales me convencieron (y aún me convencen) de que Jesús es quien dice ser. Sólo estoy diciendo que, salvo algunas excepciones, los argumentos acerca de Dios no son ni pueden ser científicos. Esto no debiera ser causa de preocupación si repudiamos el cientificismo y damos debido crédito a otras formas de pensar y conocer aparte de la ciencia.

La distinción entre ciencia y cientificismo es central en la actitud representada por BioLogos en el debate sobre los orígenes. Existen algunas descripciones

científicas extremadamente convincentes del desarrollo del cosmos, la tierra y los organismos biológicos. Toda la evidencia científica indica que el universo tiene poco más de 13 mil millones de años, la tierra quizás 4 mil millones y la vida multicelular en la tierra entorno a mil millones. Aplicando lo mejor de nuestros conocimientos y capacidades –y la evidencia de ello se ha visto muy fortalecida recientemente–, podemos decir que la exquisitamente adaptada diversidad de la vida es fruto de un proceso que se ha desarrollado a partir de un origen común a lo largo de inmensos períodos de tiempo mediante selección natural. Pero nada en ciencia demuestra las declaraciones adicionales a-teológicas e injustificadas que los partidarios del cientificismo a menudo añaden, según las cuales este proceso es “impersonal”, “no guiado”, “ciego” o “sin propósito”.

La empresa científica muestra todos los signos de progresar continuamente hacia lo que podría ser una descripción “sin costuras” de la base física de la vida, y quizás (aunque hasta ahora estemos muy lejos) de una descripción física del funcionamiento del cerebro. Pero si la ciencia no es todo el conocimiento que existe –si el cientificismo es falso– entonces una descripción física no *excluye* otras descripciones a diferentes niveles: físico, personal o espiritual. Una descripción física de mi cerebro no demuestra que no tenga auténticos pensamientos. Si así fuera, el pensamiento que encarna dicha idea, en mi cerebro o en el de cualquier otro, no debería ser creído. La realidad del pensamiento y la agencia humanos no puede ser refutada mediante la construcción de algún tipo de descripción científica de su encarnación. Puede que nosotros, al igual que otros animales, seamos complicadas fábricas bioquímicas autorreguladas, guiadas por un vasto código escrito en nuestro ADN. Pero esto no significa que no seamos *nada más* que fábricas bioquímicas.

Del mismo modo, una explicación evolucionista de los orígenes no descarta una explicación en términos de diseño o providencia divinos. De hecho, la idea de que pueda haber una explicación perfectamente natural para acontecimientos atribuidos a Dios es muy común en la Biblia. Por ejemplo, cuando Nuestro Señor

dijo que nuestro Padre celestial alimenta a las aves del cielo y viste los lirios del campo⁷, no ignoraba que dichos sucesos tuvieran una explicación perfectamente natural. Es precisamente esa naturalidad la que daba fuerza a su enseñanza sobre las preocupaciones. Jesús parecía sentirse perfectamente a gusto con la idea de que los eventos naturales también se pueden atribuir a la providencia de Dios; dicho de otro modo, que explicaciones a diferentes niveles, el natural y el espiritual, son a veces simultáneamente válidas.

A grandes rasgos, la argumentación de los ateos militantes consiste en tres afirmaciones: (1) Dios es una hipótesis científica que ha sido esencialmente refutada por la ciencia. (2) La evolución explica la religión meramente como un fenómeno natural. (3) La religión es manifiestamente mala. ¿Qué tan convincente es su postura? No voy a tratar aquí el tercer punto acerca de cuán maligna es la religión. No creo que ese argumento resista un escrutinio serio⁸, pero mi discusión sobre el científicismo es directamente relevante, sobre todo, para los dos primeros puntos.

*El espejismo de Dios*⁹ repite una y otra vez declaraciones como "la existencia de Dios es una hipótesis científica como cualquier otra". En ocasiones se trata de una "sugerencia", pero más a menudo es una mera afirmación. Lo notable acerca de esto, que constituye la base de todo el libro, es su fuerte contradicción con el sentido común. No cabe duda de que, si alguna vez ha existido un tópico que no sea asunto de la ciencia, éste es la metafísica, la teología y la existencia de Dios. La afirmación de Richard Dawkins podría tener algún sentido intelectual únicamente dentro del marco del científicismo. Si en verdad todos los asuntos del conocimiento verdadero fueran asuntos de la ciencia, entonces de ello podría desprenderse que la ciencia y solo ella es competente para contestar esta pregunta, dado que solo la ciencia es competente para contestar *cualquier* pregunta. Según el científicismo, Dios es "una hipótesis científica como *cualquier* otra". Pero el científicismo es una falacia. La existencia de Dios es, a mi juicio, una pregunta *factual*. "O existe o no existe" es como lo dice Dawkins. No veo razón para discrepar de dicha afirmación. Pero insistir en

que la existencia de Dios es una pregunta *científica* implica un salto gigantesco que solo el científicismo más descarado podría justificar. Que los ateos hoy en día puedan salirse con la suya adoptando este supuesto científicista sin ser rechazados de plano es un síntoma del científicismo descontrolado de nuestra cultura actual.

Cuando los ateos militantes nos dicen que no hay evidencias que sustenten la existencia de Dios ni la doctrina cristiana, lo que dicen es que no hay evidencias *científicas*. Lo cierto es que hasta esa afirmación es exagerada. Existen ciertos aspectos de la concepción científica que favorecen una postura teológica. Pero, para avanzar en la argumentación, estoy dispuesto a admitir la versión simplista según la cual no hay pruebas científicas de la existencia de Dios. Mi respuesta es que tampoco hay pruebas científicas del asesinato de Julio César el 15 de marzo del año 44 antes de Cristo. Pero los historiadores piensan que es un hecho. No hay pruebas científicas de la genialidad de un Bach o de un Miguel Ángel; pero músicos y artistas piensan que reconocen esa genialidad. Y tampoco existen pruebas científicas del amor entre mi esposa y yo; pero tal vez sea de lo que tengo más certeza en mi vida.

No hay nada muy nuevo en estos argumentos. Quizás la única novedad significativa en los textos recientes de los ateos militantes sea una insistencia en afirmar que las explicaciones evolucionistas son intrínsecamente más satisfactorias porque explican lo complejo en términos de lo simple¹⁰. La vida compleja se explica en términos de leyes naturales más simples, de la química o la física. Al contrario, argumentan, explicar todo recurriendo a Dios es explicar lo sencillo (las cosas en el mundo) en términos de lo *más complejo* (Dios). Pero también este argumento se fundamenta en una presuposición científicista. No es para nada obvio que las explicaciones evolucionistas sean significativamente más "simples" que las teológicas. Para la mayoría de los no científicos, las explicaciones en términos de acción personal son mucho más familiares y, en ese sentido, más "simples" que las explicaciones elaboradas en términos de las leyes de la física o la biología. Lo único que avala la idea de

que las explicaciones científicas son intrínsecamente más satisfactorias es una presuposición científicista. En un extremo de la cadena explicativa, aquel correspondiente a los orígenes (y contradiciendo las recientes e injustificadas interpretaciones de Stephen Hawking), ningún esfuerzo científico, por grande que sea, puede esclarecer de dónde provienen las leyes fundamentales de la física. E incluso si hubiera una explicación científica que abarcara el desarrollo de todos los aspectos físicos y biológicos de la naturaleza, de todos modos estaríamos obligados a considerar, en el otro extremo de la cadena explicativa, que la complejidad representada por nuestras propias capacidades humanas, personales y mentales es parte intrínseca del acto de conocerla. Se trata de una de las insuficiencias filosóficas reconocidas hace mucho tiempo en el punto de vista científicista: el propio conocimiento científico reposa sobre muchísimo "conocimiento personal"¹¹ no científico ni especificable que está albergado en los seres humanos. El científicismo no puede dar cuenta de la propia ciencia.

A estas alturas, es esencial distinguir entre los diferentes puntos de vista evolucionistas. Los científicos que ven la solidez de la evidencia de un origen evolutivo común (y eso se aplica a otras descripciones científicas de la evolución de la naturaleza) bien pueden ser persuadidos de que la herencia de variaciones favorables naturalmente seleccionadas es el mecanismo por el cual se produjo la adaptación de los organismos a su medio ambiente. Pero tal aceptación de una "física" evolucionista no obliga a adoptar la "metafísica" evolucionista representada por declaraciones fundamentalistas ateas tales como "el Darwinismo es la única teoría conocida capaz de explicar, en principio, ciertos aspectos de la vida"¹².

Es necesario que los cristianos distingamos entre ciencia y científicismo. Participar en la ciencia y apreciarla, tal como han hecho muchos cristianos a lo largo de la historia, no implica adoptar el científicismo. Irónicamente, sin embargo, la insistencia de algunos cristianos en buscar pruebas *científicas* de un Diseñador Inteligente, vende la primogenitura cristiana a cambio de un guiso científicista. En el mejor de los casos, tales argumentos llegan hasta

un Diseñador indefinido, sugestivo quizás, pero muy inferior a la Trinidad en la que creemos. Pero el precio es una ratificación implícita del científicismo: de que la ciencia es la norma por la cual debe juzgarse toda verdad. Además de la debilidad de los argumentos, se trata de una mala estrategia apologética: una que socava accidentalmente todas las evidencias humanas, históricas, morales y espirituales sobre las cuales se cimenta nuestra fe.

La segunda afirmación de los ateos militantes es que la evolución reduce la religión a un fenómeno natural.

Reducir la religión a un fenómeno natural no es algo nuevo. Considerar la religión como un producto de la psicología humana es algo tan antiguo como la propia religión. El cristianismo reconoce el impulso religioso como parte universal de la naturaleza humana y, obviamente, sostiene que una tendencia religiosa universal es exactamente lo que cabría esperar si Dios en verdad existiera. Considerar a la religión como algo que se desarrolló a lo largo de la historia humana es una concepción igualmente antigua. De hecho, la Biblia describe el desarrollo de la auto-revelación de Dios a través de una secuencia de acontecimientos históricos. Las explicaciones explícitamente darwinistas de la religión son, en la práctica, tan antiguas como Darwin, aun cuando *El origen de las especies* se esforzó por evitar este candente tema. No hay nada de nuevo, entonces, en la idea de que la religión es una parte universal de la naturaleza humana ni en la tesis ateísta de que la religión no es *nada más* que un fenómeno natural. Recientemente se ha otorgado una credibilidad adicional a estos argumentos, la cual está basada en (1) el "progreso" de la psicología y la sociología evolutivas en las últimas décadas y (2) el creciente cúmulo de mediciones y conocimientos fundamentales de los mecanismos del cerebro. Puede que no sea obvio para los no científicos, pero lo cierto es que el estatus científico actual de la psicología evolutiva es (a diferencia de la biología evolutiva) altamente sospechoso dentro de la comunidad de las ciencias (naturales). Su problema es que prácticamente no hay evidencia científica alguna que la sustente. Cuando Edward O. Wilson¹³ o Steven Pinker¹⁴ (o Daniel

Dennett¹⁵, de segunda mano) nos ofrecen historias evolutivas que pretenden *explicar* algunos aspectos de la conducta moral o religiosa, hablando en términos prácticos, no hay evidencia fósil moral o psicológica con la que contrastar dichas historias. Curiosamente, algunos campeones de la evolución biológica como el ateo Richard Lewontin y el agnóstico Stephen Jay Gould¹⁶ fueron de los más vociferantes en su crítica de la sociobiología cuando ésta surgió. Ellos veían, al igual que los científicos más concienzudos de la actualidad, una diferencia fundamental entre las evidencias de la evolución biológica y la falta de evidencias de la sociobiología y la psicología evolutivas y se sienten por lo menos avergonzados por las afirmaciones infundadas usadas para sustentar estas fábulas psicológicas¹⁷.

En su gran mayoría, los argumentos invocados para desdeñar la religión no son científicos. No necesitamos ninguna teoría evolutiva que nos diga que los humanos pueden engañarse a sí mismos, son propensos a creer en quimeras, tienden a comprometerse con ideas o tienen una aguzada capacidad para detectar agentes intencionales. Estos rasgos podrán conducir a una creencia obstinada en lo sobrenatural, la cual podría estar equivocada. Pero las ideas desarrolladas en torno a ellos no son científicas. Son psicología "pop" a la que se ha conferido un espurio título honorífico, como si fueran fruto de un análisis científico. Por muy trilladas que sean, éstas son básicamente en las opciones explicativas que la psicología evolutiva cree haber "descubierto". Además, los polemistas ateos carecen del fundamento necesario para elegir de manera específica entre las distintas opciones, de modo que las dejan todas abiertas. Para sus propósitos, no importa cuál de las docenas de explicaciones evolutivas diferentes e incompatibles pueda resultar cierta. Mientras nos puedan convencer de que *alguna* explicación natural o combinación de explicaciones funcionará, ellos habrán logrado su objetivo. Pero una auténtica explicación científica debería ser diferente. Debería sentirse incómoda ante el sinnúmero de explicaciones posibles (sin ningún criterio para discriminar entre ellas) y no, como lo hacen los polemistas, amontonar con aparente gozo cada vez más posibilidades como si su mera multiplicidad de algún modo le diera más peso al

argumento. En cualquier caso, los análisis psicológicos, ya sean evolucionistas o no, no pueden decidir acerca de la veracidad del contenido de las creencias.

Por el contrario, la ciencia del cerebro manifiesta progresos muy importantes. Ahora estamos empezando a ser capaces de medir las funciones del cerebro durante su funcionamiento. Creo que este siglo será testigo de progresos técnicos constantes en las mediciones y hacia una comprensión de los mecanismos físicos que constituyen el cerebro. ¿Será esto una amenaza para la fe cristiana? Depende.

Si mantenemos que la fe cristiana en sí requiere una concepción dualista y explícitamente sobrenatural de la mente, entonces dicha concepción probablemente será cuestionada por el progreso de la ciencia del cerebro. Pero si adoptamos el punto de vista más racional e incluso más bíblico, diría yo, que considera al alma como la totalidad de la persona, lo que incluye mente, cuerpo, humanidad, consciencia y espíritu, creo que la fe cristiana no tiene por qué estar a la defensiva. No dudo que los ateos dirán que entender la mente al nivel científico equivale a refutar la religión. Pero se trata de un argumento pobre. Hace tiempo que se sabe que el determinismo psicológico se autodestruye desde el punto de vista lógico. Si se supone que las ideas humanas son completamente explicables mediante un análisis físico del cerebro o un análisis conductista de nuestra instrucción o una descripción evolucionista de predisposiciones heredadas o alguna combinación de estos u otros supuestos análisis científicos, entonces cabe suponer que la creencia de que esto es así está determinada precisamente por estas mismas influencias. Si éste fuera el caso, ¿por qué deberíamos suponer que el contenido de dicha creencia es verdadero? En resumen, si nuestras creencias están determinadas por la evolución o la psicología, ¿por qué habríamos de creer que esto es así? No, la mente no puede explicarse con un mero análisis físico del cerebro, como tampoco podemos descartar otros niveles de descripción, incluido el espiritual.

El deseo de proteger la fe de los cristianos jóvenes y entrar en diálogo con los agnósticos que podrían ser persuadidos por los argumentos ateístas debería

motivarnos a pensar detenidamente en las preguntas que éstos plantean. Y debemos hacerlo, pese a que la tarea es poco gratificante intelectualmente. La debilidad intelectual de los argumentos ateístas no debe inducirnos a subestimar su influencia. Los pastores y educadores cristianos tenemos que encontrar los momentos adecuados para responder a esto. Pero también debemos tener algo significativo que decir. Según mi experiencia, tanto los estudiantes cristianos como los agnósticos están interesados en este debate y abiertos a escuchar respuestas razonadas de ambos bandos. Pero rara vez escuchan a alguien que aborde los temas de manera respetuosa. Aunque algunos autores cristianos se han involucrado individualmente y de manera directa en esto, la mayoría de las iglesias ha hecho poco para que los jóvenes entiendan el debate. Tal vez los pastores no se sientan competentes, pero en realidad las credenciales académicas de los ateos militantes no son tan intimidantes. En la universidad, los estudiantes inquisitivos generalmente son acogidos con grandilocuencia o un temeroso silencio. En un sitio como el MIT, son muy pocos los estudiantes que no están al tanto del peso de la evidencia científica de un origen evolutivo común. Todos los estudiantes de pregrado toman un curso de biología donde naturalmente se habla de genética y de biología molecular. Los estudiantes cristianos, especialmente los que vienen de un entorno evangélico, a menudo pasan por una crisis si su iglesia les ha enseñado una concepción excesivamente literalista de los orígenes. Están buscando una respuesta intelectual concienzuda de cristianos más experimentados, profesores e investigadores, acerca de cómo entender la relación entre ciencia y fe y cómo responder a las afirmaciones de los ateos militantes. Los estudiantes agnósticos también suelen hallarse en una búsqueda de lo trascendente. Creo que es muy útil que las conferencias importantes que se realizan en los campus planteen estas interrogantes, ya sea como ponencias o diálogos formales. Además, hace un par de años, cuando otro profesor cristiano y yo organizamos un seminario de discusión sobre el tema “¿Es ridículo creer en Dios?”, en el cual abordamos las críticas de los nuevos ateos, acudieron tanto agnósticos como

cristianos. Según se dijo, a *todos* les pareció una instancia de discusión muy interesante y estimulante. ¿Quién sabe qué semillas se habrán sembrado? Hora de desafíos es también hora de oportunidades.

Notas

- 1 Alister McGrath y Joanna Collicutt McGrath, *The Dawkins Delusion* IVP books, Downers Grove, IL, 2007, es un lugar accesible para empezar. Dinesh d'Souza *What's so great about Christianity*, Regenery, Washington D.C., 2007, también resulta fácil de leer. La reseña de H. Allen Orr “A Mission to Convert”. *New York Review of Books* 54 (1) Enero de 2007 <http://www.nybooks.com/articles/19775>, es un ejemplo de crítica por parte de un agnóstico.
- 2 David Bentley Hart, *Atheist Delusions: The Christian Revolution and Its Fashionable Enemies*. Yale University Press. New Haven 2009, p. 4.
- 3 Terry Eagleton. *London Review of Books* Vol. 28, No. 20, 19 de octubre de 2006, p. 32.
- 4 El presente ensayo se basa en mi libro en preparación *Monopolizing Knowledge*, donde abordo el científicismo en un marco más amplio.
- 5 Jacques Monod, *El azar y la necesidad* (Metatemas).
- 6 Los positivistas originales, cuyas ambiciones los llevaron a la fundación de auténticas iglesias alternativas, con rituales y jerarquía religiosa incluidos.
- 7 Mateo 6:26-30.
- 8 Y algunos estudios históricos recientes muy interesantes abordan esta cuestión. Por ejemplo, William T. Cavanaugh, *The Myth of Religious Violence*, Oxford University Press, 2009.
- 9 Richard Dawkins, *El espejismo de Dios*, ESPASA HOY, 2007.
- 10 En realidad, Dawkins lleva por lo menos 25 años usando este argumento, pero sólo en tiempos más recientes se ha convertido en un tema central, apodado el “gambito del 747 máximo”.
- 11 Michael Polanyi en su libro *Person Knowledge: Towards a Post-Critical Philosophy*, Chicago University Press, 1958, usa este argumento como la piedra angular de su clásica crítica del científicismo.
- 12 Richard Dawkins, *El relojero ciego*, Labor. Barcelona, 1988.
- 13 Edward O Wilson, *Human Nature*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1978.
- 14 Steven Pinker, *How the mind works*, Norton, New York, 1999.
- 15 Daniel Dennett, *Breaking the Spell. Religion as a Natural Phenomenon*, Viking Penguin, New York, 2006.
- 16 Véase Elizabeth Allen et al., Against “Sociobiology”, *New York Review of Books* 22, 18, 13 de noviembre de 1975 para una denuncia no técnica o, por ejemplo, S. J. Gould y R. C. Lewontin, “The Spandrels of San Marco and the Panglossian Paradigm: A Critique of the Adaptationist Programme”, *Proc Roy Soc, B.*, 205, 581 (1979), para una crítica técnica.
- 17 El biólogo H. Allen Orr es el autor de una crítica más reciente en “Darwinian Storytelling”, *New York Review of Books*, 50, 3, 2003.

Título original: «Engaging Today's Militant Atheist Arguments».
www.BioLogos.org/projects/scholar-essays

Los Documentos BioLogos: son textos publicados en la web de la BioLogos Foundation: <http://www.biologos.org> (Fundación BioLogos), en la que pueden descargarse copias gratuitas en formato pdf. Las opiniones aquí expresadas pertenecen al autor y no reflejan necesariamente la opinión de BioLogos.

Traducción: esta versión traducida ha sido preparada por el Centro de Ciencia y Fe: <http://www.cienciayfe.es> (perteneciente a la Fundación Federico Fliedner: <http://fliedner.es> C/. Bravo Murillo 85, 28003 Madrid, España) con el patrocinio del programa *Evolution and Christian Faith* de la *BioLogos Foundation*.

Traductor: Antoine Bret y revisado por Felipe Elgueta.

Fecha de publicación original: Marzo 2011.

Fecha de publicación en castellano: Abril 2015.